

## I. La serpiente comienza

Cuando José entró en su casa, lo primero que hizo fue recorrer cautelosamente todas las habitaciones afectando ese aire de indiferencia con que los grandes hombres se protegen del tedio del triunfo; pero no bien hubo comprobado que su padre no andaba por allí, depositó con un suspiro de alivio su lamentable nota de calificaciones del mes y escapó a la calle con un par de cigarrillos distraídos del paquete que el padre había olvidado en la mesa del comedor y una caja de cerillas hurtada a las mismas espaldas de la criada.

A principios de curso, apenas acabados de cumplir los catorce años, había tomado la firme decisión de irse de su casa sin abandonar la casa, actitud con la que intentaba hacer acopio de ventajas, pero cuya evidente contradicción le tenía atado de pies y manos y, a medida que avanzaba el año, era más y más insufrible. En casa nunca le dejaban hacer una cosa ni la contraria —argumentaba él— salvo que se tratara de hacer cosas que no le interesaban lo más mínimo y que, sin embargo, era inexcusable cumplirlas. Las cosas que le instaban a hacer sus padres, los jesuitas, toda esa gente, las detestaba; aquellas contra las que le advertían, le fascinaban. Si venía, le preguntaban: «¿De dónde vienes?»; si se iba, le preguntaban: «¿Adónde vas?». De casa al colegio y del colegio a casa, tan sólo la calle, es decir, el barrio y otros barrios aledaños entrevistados le parecían lugares de animación, lugares incitantes y hasta tentaciones escalofriantes.

Se recreaba en estos pensamientos mientras caminaba por la calle a media tarde fumando un cigarrillo —el pri-

mero de los dos sustraídos— por parajes que no serían fácilmente transitados por sus padres. José era, desde luego, un tipo inteligente, pero pertenecía a la especie de inteligentes atacados de vagancia, no muy común mas cuyo destino, de seguir reincidiendo en tal actitud, se presentaba negro como el carbón. Eran tiempos de asegurar el futuro y seguir la voz de la experiencia; no con entusiasmo, porque eso lo comprendía hasta la experiencia, sino con perseverancia. Uno persevera y ¡zas! a dormir a la bartola a los cuarenta años de perseverar, bien tranquilo y envejecido. Lo malo de José era que no perseveraba ni en sus vicios, pues incluso había días de la semana en los que no se masturbaba, y esa vacilación imperseverante le traía por la calle de la amargura. Su padre solía decir que había nacido para marqués, que debía ser gente que tampoco daba golpe, pero a la que nadie perseguía por eso como le perseguían a él. En realidad había nacido para hacer cosas interesantes; para eso había nacido; pero el asunto no tenía remedio: o terminaba sus estudios superiores o a la calle, esta vez de verdad. A la calle o a no se sabe qué oscuro pozo de perdición de sí mismo. La verdad es que, en medio de tales pensamientos, se animaba diciéndose que quizá no fuera demasiado terrible acabar en la calle a secas una vez superados los primeros miedos y el horror a la muerte por inanición propios de la imaginación de un adolescente bien alimentado y en colegio de pago. Pero, con todo, lo de irse de casa sin acabar de irse era ciertamente el mal menor. ¡Si supiera cómo hacerlo! Y es que ese mal menor lo estaba matando lentamente.

Seguía dándoles vuelta a estos y otros asuntos, camina que te caminarás, cuando se detuvo a encender su segundo cigarrillo y entonces, al levantar los ojos sobre la llama, fue cuando descubrió a aquel tipo: sobresalía de medio cuerpo por la boca de una alcantarilla y sin duda le hacía señas y le chistaba a media voz.

Primero miró a uno y otro lado, luego atrás, luego al interior de su persona y por último comenzó a ponerse ner-

vioso. Alrededor no se veía un alma y el otro continuaba chistando cada vez con mayor energía, así que, haciendo de tripas corazón, se aproximó cautelosamente. El otro hizo gestos de impaciencia y palmeó frenéticamente el asfalto.

—Venga, venga —dijo a José—. Le he olido a usted perfectamente, no se haga el tonto.

José dio un paso atrás involuntariamente al oír esta frase, pero en ese momento el hombre emergió un poco más, como adelantándose hacia él y, al tiempo que el haz de luz de alguna farola le iluminaba el rostro, pudo ver que sus párpados no solamente le cubrían por completo los ojos, sino que se extendían aún más abajo rematados por una fina punta con dos agujeritos a los lados.

—¡Bueno! —se enfadó el otro—, no pensará que voy a estarme aquí toda la noche aguardándole. Parece mentira, qué falta de educación.

Últimamente, José, en su escepticismo hacia el papel de la voluntad en la consecución de los más disparatados ideales o fórmulas de progreso de la especie humana, estaba completamente decidido a no dejarse impresionar por nada de buenas a primeras, pero la verdad es que a la vista de un sujeto con lo que parecían ser tres narices en el rostro no pudo por menos de mostrar un cortés estupor. Y, sin embargo, hubo de reconocer que el asunto le interesaba. La calle estaba solitaria, era en realidad un callejón por el que le gustaba atajar y conocía varios de éstos en todo el barrio, no frecuentados sino por los escasos vecinos que se retiraban a sus casas, ya que a aquellas horas los talleres —estos callejones eran un nido de talleres de todas clases— habían cerrado.

—¡Muy bien! —dijo el de las tres narices—. ¡Me voy! Habrase visto desvergüenza, habrase visto majadero —y sin esperar a más se dejó caer alcantarilla abajo en estado de gran excitación.

José se precipitó hasta el borde del agujero a todo correr y asomándose a la negra cavidad gritó:

—¡Oiga!, ¡eh!, ¡oiga!...

Inmediatamente, la extraña cabeza emergió de nuevo refunfuñando rencorosamente y le contestó:

—Tienes suerte de que me hubiera olvidado de volver a colocar la tapa. Vamos, pasa, ¡pasa! Y haz el favor de ayudarme a cerrar, aunque te advierto que no es necesario que me pillés los dedos, naturalmente.

José no necesitó ayudar en nada porque el hombre extraño se ve que tenía una gran práctica. Bastante tuvo con agarrarse a un escalón metálico y tantear más abajo con los pies mientras era constantemente empujado. El agujero resultaba tan estrecho que aunque se hubiera soltado no hubiese podido caer, pero la oscuridad era tal que necesitaba afirmar los pies en alguna parte y fue a colocarlos en el escalón donde los aposentaba su compañero ocasional.

—¡Pero, hombre! —gritó éste en seguida—, hace falta ser animal. Pues no hay escalones ni nada y tiene que ir a plantarse en el mío.

José balbució todo tipo de excusas y encogió las piernas hasta la barbilla sosteniéndose a pulso; así llevaba un buen rato cuando advirtió una tenue claridad al fondo y una voz que le hablaba desde allí:

—¡Eh! ¡Maldita sea! ¡Es que no va a bajar de una vez!

Bajó. Un descenso interminable pero agradecido porque de haber estado iluminado el trayecto muy probablemente se habría precipitado abajo presa del vértigo, así de largo era. Una vez que puso los pies en el suelo y rodeado aún de sombras confusas cuyos contornos distinguía gracias a la menguada claridad, sintió un profundo estremecimiento y, al relajarse, se encontró penetrado de humedad hasta la médula de los huesos. Entonces comenzó a pensar que se había metido en una buena.

—¡Qué! ¿Qué le parece esto, eh? ¿Qué le parece? —dijo una voz a su lado; como diciendo en realidad: a ver qué tiene usted que objetar a esto.

—Bien. Bien. Pero no veo nada —contestó, tímidamente, José.

—¡Estaríamos buenos! —repuso el otro—. ¡No me ha llevado a mí tiempo acostumbrarme! Pero venga, hombre, venga, no se quede ahí como embobado, deme la mano y sígame.

A lo largo del camino que llevaron, José pasó de la indecisión al temor y del temor al pánico más absoluto. En ningún momento pudo vislumbrar otra cosa que sombras, pero cada vez que apoyaba la mano en la pared, bien al tomar un recodo, bien al sentir extraños vacíos a su frente, la retiraba o húmeda o viscosa y con la permanente sensación de que algún animalillo inidentificable le clavaría sus finos dientes en los dedos. A todo esto se unía el ruido de los regueros de agua, o el goteo, o el chapoteo de sus zapatos; varias veces estuvo a punto de perder el equilibrio sobre lo que le parecieron grandes losetas desigualmente alineadas y resbaladizas, pero la energía con que respondía a estos tropezones el férreo tirón de su compañero no le permitía llegar a caer, aunque iba progresivamente colmándose de un terror que le obligó a cerrar los ojos, sin que por un momento atravesara su mente la idea de escapar; y continuó a ciegas más muerto que vivo y encomendándose a su propia desesperación por todo consuelo.

Sobre todo se dio cuenta de que no pensaba en escapar porque nada de lo que le rodeaba sugería escapatoria, y aunque el otro le estuviera llevando al fin del mundo era, al fin y al cabo, lo único reconociblemente humano que existía a su alrededor; y agradecía su voz en estos momentos más que cualquier otra cosa en el mundo. Una voz que sólo decía de vez en cuando: «¡Cuidado!» o «¡A tu derecha!», pero gloriosa, deliciosamente enérgica y malhumorada.

—¡Bueno! ¿Y ahora qué haces ahí?

Abrió los ojos y se encontró ante una cavidad que se adentraba en la pared, tan escasamente iluminada como el resto del contorno. El otro se había aposentado al fondo y meneaba la cabeza de un lado a otro. Habían llegado allí por el corredor que quedaba a su derecha —ahora podía

suponerlo—, que a su vez se perdía, a la izquierda, en la oscuridad. José trató de ver si había o cómo era el suelo ante sus pies y avanzó unos pasos, advirtiendo que sus calcetines estaban empapados. Pero allí en la cavidad no corría el agua ni el suelo estaba húmedo, lo que dentro de todo era un alivio. Una forma —una piedra— sobresalía junto al lugar donde el hombre se hallaba sentado, y José tomó asiento al lado suyo. Tras pellizcarse las piernas repetidamente reconoció que por el momento aquello le inspiraba más curiosidad que miedo.

—No señor, no veo bien —dijo el otro—, pero si crees que no me he dado cuenta de que eres un muchacho te equivocas de medio a medio. ¿Eh? —dicho esto quedó sumido en hondas cavilaciones y meneos de cabeza.

—¿Vive usted aquí? —aventuró José.

—Claro que vivo aquí —contestó el otro, como diciendo en realidad: ¿por qué te obstinas en preguntar obviedades?

—Jo, pues es un sitio ideal para agarrarse una buena pulmonía.

—¡Ajá! Creías que era fácil vivir en este agujero, ¿eh? Ya, ya verás la que te espera todavía. Los jóvenes tomáis muy a chacota la vida, pero ya verás lo que es bueno. ¡Lustros me ha costado llegar a habituarme, lustros! ¡Me gustaría ver si tú eres capaz de lograrlo!

—¿Y para qué voy a lograrlo? —preguntó José.

El otro soltó un treno que retumbó poderosamente por la cueva.

—¡La madre que nos parió! Para qué voy a lograrlo, dice. ¿Eso es lo que os enseñan ahora? ¿Ése es todo tu sentido de la vida? ¿Eso es enfrentar los enigmas de la humanidad? ¡Pues sí que estamos buenos!

José quedó a medias abrumado y perplejo. Por una parte, se decía: «Yo creo que este tío no está en sus cabales». Y por otra: «¿Cómo se podrá andar por la vida cuando a uno le desaparecen los ojos y se le convierten en narices?». El otro se había puesto en pie para mostrar más ostensi-

blemente su indignación y desprecio y paseaba de un lado a otro de la cueva bufando sin parar. José consideró que lo más prudente sería aguardar a que continuara hablando, a ver si de ese modo se le bajaban un poco los malos humores.

—Muchos años hace que me vine aquí, ¿sabes, perillán? —continuó tras detenerse frente a José y agitar insistentemente el dedo índice ante su nariz—. Y no sabes por qué, ¿verdad? —continuó con aire de triunfo—. No lo sabes, ¿eh? Ya me parecía a mí, ya. Vine —y como se había alejado para producir más efecto se volvió de golpe en este instante—, vine para probar hasta qué punto los seres humanos podemos sobrevivir a esta maldita civilización de religiosos y comerciantes. ¿Eh? ¿Qué tienes que decir a eso? A ver.

José iba a decir algo no especialmente importante, pero no tuvo opción.

—Yo soy un idealista —continuó el otro sin interrupción—. ¡Y algo tendrías tú que saber de eso! Un idealista, sí. Un idealista auténtico, no un inconsecuente sino uno que prefirió no enzarsarse en una mediocre vida de familia y de placeres mediocres y creencias mediocres para poder ser fiel a sí mismo sin comprometer a nadie más que a sí mismo —en este punto se detuvo a tomar aliento—. Un idealista que, como tal, no espera otro reconocimiento que el de cumplir su destino para que el mundo lo conozca algún día: el día en que la idea prime sobre la podredumbre de lo fungible.

«¡La hostia!», pensó José para sus adentros. No sentía temor especialmente relevante ni empezó a tragar saliva, pero tampoco las tenía todas consigo y no acertaba a adivinar el rumbo que el extraño personaje estaba dispuesto a tomar tras aquel afincado y desafiante comienzo. Por lo tanto, esperó. Había reflejos, repentinos y plateados, en el suelo, indiscernibles e inquietantes. Trató de fijarse mejor.

—¿Qué es lo que hay ahí arriba, eh? Nada que no pueda comprarse, eso es lo que hay. ¿Pueden comprarte a ti? Naturalmente, en esto te tienen ya metido; a plazos te están

comprando. Ni se sabe lo que pueden llegar a comprar. Todo es fungible arriba. Todo tiene un precio. Todo precio se puede pagar; o, si no, no se habrían inventado los precios. A ti te vienen comprando a plazos, desde que naciste; es más, desde que nació tu padre; y el padre de tu padre. Y así hasta los fenicios. ¿Eh? ¿Qué te parece eso?

—Pues yo es que no sé a lo que se refiere usted —dijo José, que sabía perfectamente a lo que se estaba refiriendo.

—Vaya, hombre, este perillán no sabe a qué me refiero. ¡Me refiero a lo que me refiero! Y no te hagas el tonto o todavía tendremos un disgusto —de pronto cambió el tono de voz y se acercó sibilante a José—. Un mundo cien veces comprado y vendido y comprado y vendido. Y mil veces. Y cien mil veces. Y todas las veces del mundo veces, sí. ¿Cómo va uno a creer en nada? Si no estás dispuesto a convertirte en una bestia de costumbres necias, ¿para qué vas a vivir? ¿Para ti? ¡Pero si no eres más que una bestia! —pausa mientras se amedrentaba José—. ¡A eso es a lo que me refiero! —continuó tronante—. ¡A eso!

Volvió la espalda a José y comenzó a pasear tan apesadumbrado como cargado de razón a lo largo y ancho del recinto. José sintió que debía preguntar algo, lo que fuera.

—Pero —dijo— ¿y eso cómo se arregla?

—Jaa, jaa, jaa. El corderillo pregunta cómo se arregla. Jaa, jaa, jaa —dijo el hombre; y volvió a caminar a lo largo y ancho del recinto con las manos a la espalda.

—Si no sabe cómo se arregla ¿para qué ha venido a vivir aquí?

—¿Y quién ha dicho que no sé cómo se arregla? —respondió el otro; e hizo un largo silencio. Tan largo que José, incómodo, decidió continuar la conversación. Los reflejos plateados en el suelo atrapaban su curiosidad.

—Bueno, es que no me lo ha dicho...

—¡A ti te lo voy a decir! Sé olfatear muy bien a los listos como tú. Bajáis aquí a ver qué se me puede sacar. Jaa, jaa. ¡Buen chasco!

—Oiga, que ha sido usted el que me ha llamado; no te jode...

—¡Te callas! Como sigas faltándome al respeto te vas a enterar de lo que es bueno, así que ojo. Y ahora escucha: Ellos, ¿sabes? —y al decir esto señalaba con el dedo índice hacia arriba—. Ellos saben muy bien que yo estoy aquí tan campante. Eso les duele, vaya si les duele, pero ninguno se atreve a bajar a buscarme. Han intentado echarme de aquí por todos los medios. ¡Y nada! ¡Nada de nada! Esos sucios hipocritones, sí; ¿se creen que van a acabar conmigo porque me arrojan sus inmundicias? Pues bien, ¡yo les he derrotado! ¡Me he acostumbrado a ellas! —hizo una pausa triunfal. Luego añadió roncamente—: Entérate bien.

—De lo que me voy a enterar es de cómo se sale de aquí —dijo José seriamente amedrentado—. Usted está chiflado.

De golpe había vuelto al colegio, a la familia, a su calle, a su barrio, a sus notas de calificación escolar. De pronto pensó que estaba soñando por lo menos. De pronto el propio absurdo le había hecho saltar agrupando todos sus datos en un estallido de desasosiego que le volvió a la realidad de ser José dando, tranquilamente, por la tarde, a la salida de las clases, una vuelta por las calles cercanas. En pleno concomio, varias veces había mirado hacia abajo con la sensación de no saber lo que estaba pisando pero no alcanzaba a distinguir bien el suelo, que, de cuando en cuando, parecía exhibir aquellos rápidos reflejos y del que provenían otros rumores precipitados, distintos al del agua que se filtra por las paredes. La inseguridad y la suciedad le estaban invadiendo tanto como el húmedo ambiente de la covacha y pensó que lo mejor sería salir de aquel lugar insano cuanto antes. De pronto empezó a darse cuenta de lo rigurosamente absurdo de su situación y no supo si le acometía un acceso de pánico o de estupor. Entonces escuchó la voz del otro diciéndole:

—... Y así te pudras —parecía desvanecerse— hijo de mala madre, vuelve con los tuyos. ¿No quieres entender,

eh? ¡Pues ahora aprenderás quieras que no! ¡Buena disciplina os daba yo...! —la voz se perdió del todo y al levantar asombrado la vista del suelo comprobó que el extraño sujeto con quien hasta ahora había estado hablando no se encontraba frente a él, ni en la cueva, ni en el exterior y se le hizo un nudo en la garganta.

—¡Eh! —llamó—. ¡Eh, oiga!

Su voz volvió a él o se perdió por las galerías. Luego se hizo el silencio. Solamente el goteo del agua y algunos leves chapoteos y rasquidos lo acompañaban. Del hombre, o lo que fuera, no había ni rastro. José silbó bajo, semiaturdido, y murmuró: «¡En la que me he ido a meter!». Le sobrevino un vacío del estómago a la boca, tan intenso que creyó haber perdido las tripas en un golpe de vértigo. De un salto se plantó en la entrada de la cavidad; oyó una voz, a la izquierda, en la galería por la que habían accedido a ella y en la misma dirección. Sólo pudo escuchar retazos: «¡Falsarios!... ¡Alguna vez comprenderéis!... ¡Bajéis aquí desesperados os estaré esperando!... ¡Sucia... veremos!... ¡Malditos! ¡Insolidarios!...».

Ratas, eran ratas. Los reflejos plateados eran ratas. Al sentir el primer mordisco en los pies se quedó helado de terror. Comenzó a dar patadas en todas direcciones y siempre sus pies tropezaban con algo blando. Pensó que había miles y miles de ratas, todo el suelo cubierto y el espacio llenándose con sus gritos. Echó a correr y resbaló: sus manos tocaron los cuerpos blandos y peludos y el propio pánico le alzó y le hizo patinar y caer y volver a levantarse hasta que se golpeó contra la pared (¿contra cuál pared?). Afirmándose con las palmas de las manos recorrió el muro a lo largo, los pies lacerados y acribillados por los diente-cillos de las pequeñas bestias pero sin detenerse, sintiendo la piel de las palmas, que antes le pareciera poco menos que lisa, surcada de numerosas desgarraduras, avanzando velozmente a través de una oscuridad que se hacía más intensa por momentos.

Fue entonces, al detenerse buscando alguna claridad, cuando sintió un tremendo dolor, como si hubiera golpeado directamente en el suelo con la base de la tibia al hacer el esfuerzo para detenerse. Emitió un grito ahogado y se aferró a la pared con todo su peso. Y allí estaba, al otro lado, un mediano agujero a su izquierda, a la altura de los ojos, una especie de túnel al fondo del cual algo, un farol quizá, proyectaba su luz. Se aupó con sus últimas fuerzas y estuvo avanzando a gatas, echando las manos adelante como si fuera a toparse con alguna de las ratas, hasta que la claridad fue haciéndose mayor y pudo vislumbrar el camino y acelerar el paso a costa de desollarse las rodillas. Cuando hubo llegado al término del túnel pudo ver que éste se elevaba verticalmente casi en ángulo recto coronándose por una rejilla a través de la que se filtraba la luz, la luz de una de las calles de la ciudad.

También escuchó, apagados sus ruidos, un rumor de correteos al fondo del pasadizo y sin pensarlo dos veces se irguió sobre sí mismo y acodándose en dos de las paredes paralelas alzó las rodillas y comenzó a subir; afortunadamente la estrechez del paso y el hecho de que por allí no corriera el agua le permitieron trepar hasta la rejilla; cuando la tuvo al alcance de su mano, giró sobre sí mismo y afirmándose sobre las piernas y los pies trató de alzar el último impedimento que le separaba del exterior; pero no tuvo tiempo de intentarlo: de repente un espanto frío le atenazó el alma al cuerpo y a punto estuvo de venirse abajo en cuerpo y alma. Acababa de descubrir que no había apoyado los pies en la pared porque no le obedecían; sencillamente —y esta sola idea le impulsó contra la rejilla con un alarido de terror e impotencia— porque las ratas los habían devorado.

Unos minutos después, estremecido, temblando, al escaso abrigo de un portal cerrado en la calle lluviosa, contemplaba atónito los dos sangrientos revoltijos de carne en que concluían ambas piernas sin comprender cómo había llegado hasta allí.

En un preciso momento la luz de la luna penetró por los intersticios de las contraventanas cerradas. El hombre suspiró profundamente. Un viento terrible y furioso comenzó a azotar repentinamente los ventanales. La fuerza del viento era tal que hasta la misma lámpara que pendía sobre la mesa comenzó a oscilar amedrentada pese a la inmovilidad del aire de la habitación. El hombre sacó el anillo de su dedo y lo depositó junto a él. Suspiró de nuevo y, como respondiendo a una llamada, sus labios se abrieron y, con una voz tan ronca como silbante, comenzó a hablar con un sonsonete de salmodia. Su relato comenzaba así: *El muchacho escuchó un trueno a su espalda, sintió un escalofrío súbito recorriéndole el cuerpo y de pronto se halló sentado en el suelo, sin la menor idea de dónde estaba, de dónde se encontraban, en verdad, la realidad y el sueño.*

El tipo gordo y cargado de hombros contempló el color del vino en el vaso que tenía ante él como ausentándose en la fijeza. El calor aplomaba en la amplia estancia cerrada que constituía el bar del hotel. Se encontraba casi a oscuras salvo por la luz que, pendiendo sobre la mesa, iluminaba apenas el grueso abdomen, la madera y el vaso. El tipo sentía el sudor correrle por el cuerpo y procuraba reducirse a la inmovilidad para evitar toda agitación superflua que le ocasionara una nueva oleada de calor interno; sin embargo, el jadeo de su dificultosa respiración le obligaba a boquear de cuando en cuando con un silbido ronco característico; en tales casos una nueva cortina de sudor perseguía a la antigua, ya descendente. De a ratos extendía el índice y el pulgar a lo largo de las cejas, en direcciones opuestas, para dirigir las gotitas estacionadas en ellas a uno y otro lado y, siguiendo hacia abajo, recorría los pómulos como si canalizara el agüilla obtenida y repetía la misma operación sobre el labio superior; allí la lengua aparecía brevemente a detectar el salobre gusto. El vino estaba caliente ya antes del primer sorbo pero el tipo no hizo gesto de desdén.

En la pérdida fijeza con que su mirada descansaba en la profundidad del vino se diría que estaba a la espera de algo que la noche debía acercarle prontamente. Sin duda alguna, la prisa no contaba para él. De pronto extendió la palma de su mano derecha sobre la madera y distendió los dedos; en el anular portaba un grueso anillo en cuyo sello se dibujaba la estilizada figura de una serpiente. Volvió a encoger y distender la mano.